

Gil Calvo, E. (2016). (coord.) *Sociólogos contra el economicismo*. Madrid: Catarata

El presente libro coordinado por Enrique Gil Calvo reúne un conjunto de artículos críticos con el amplio proceso de mercantilización de la era neoliberal, el cual tiene como una de sus consecuencias (y también de sus causas) la creciente influencia del economicismo como marco interpretativo de lo social. Ante ello, los autores reivindican la necesidad de una mirada sociológica como herramienta crítica desde la que conocer (y así transformar) la realidad social.

El foco de análisis se sitúa en el período histórico que se abre a raíz de la crisis del orden social fordista surgido en Europa tras la Segunda Guerra Mundial y que consistió, a grandes rasgos (con todas sus limitaciones y matices), en una combinación de keynesianismo económico, producción en masa, Estado de Bienestar y derechos sociales asociados al pleno empleo. La crisis productiva de la década de los setenta se verá posteriormente acompañada por el triunfo definitivo de la ideología neoliberal, representado por la creciente influencia de la Escuela de Chicago en el plano intelectual y la llegada al poder de los gobiernos de Thatcher y Reagan en el político. A su vez, la globalización económica y la caída de la Unión Soviética (que simbolizará la derrota de las grandes utopías anticapitalistas del SXX) permitirán a la ciencia económica ocupar una centralidad sin precedentes en la historia, que no se limitará al campo académico. En consecuencia, una visión economicista se irá consolidando como modo de “pensar” nuestras sociedades, lo cual no sólo limita su comprensión sino que contribuye a transformarlas.

Dada la diversidad de temas tratados y las diferentes perspectivas de los autores, me centraré a continuación en sólo algunas de las cuestiones examinadas, respetando la secuencia de los once artículos que componen el libro pero construyendo un hilo narrativo que no necesariamente se sigue de los mismos.

Enrique Gil Calvo (Capítulo 1) señala cómo una de las consecuencias de la globalización neoliberal y el creciente economicismo será la generalización del *homo economicus* en tanto referente ético y lógica explicativa de la acción social, con el efecto de situar la competencia como principio fundamental del vínculo social. Así, la idea de *homo economicus* remitiría a un consumidor que no sólo calcula racionalmente siguiendo criterios de maximización sino que lo hace en comparación con otros, con los que establece una relación de competición. Ello es posible en el contexto de un proceso de mercantilización que se acelera a partir de la crisis de la sociedad industrial. La emergencia de nuevos principios organizativos en la producción va a generar profundas transformaciones económicas que favorecen una progresiva desestructuración social. De este modo, a medida que los vínculos e identidades proporcionados por la clase, la comunidad o la familia se debilitan, se favorece el reforzamiento de los vínculos sociales en torno al mercado. Tal proceso mercantilizador no sólo no remite, sino que se intensifica a partir de la Gran Recesión que se inicia en 2008.

Ludolfio Paramio (Capítulo 2) muestra cómo la respuesta de los principales Estados europeos a la crisis económica se ha encontrado determinada por un marco ideológico neoliberal que se ha demostrado ineficaz en lo económico e injusto en lo social. El autor hace un recorrido histórico por los orígenes de la desregulación de los mercados financieros a nivel mundial, cuyo resultado es una desvinculación del capital financiero de la economía “real” y una pérdida de autonomía de los Estados en materia de política económica. En definitiva, la posibilidad de que los distintos gobiernos sean capaces de desarrollar otro tipo de políticas económicas y atender al creciente malestar social pasaría por cuestionar los principios de la ortodoxia económica neoclásica, recuperando la vigencia de la sociología y otras ciencias sociales frente al predominio de la ciencia económica.

Juan Manuel Iranzo (Capítulo 3) llama la atención sobre la paradoja de que la amplia aceptación del *homo economicus* y la razón productivista haya coincidido con el “descubrimiento” mundial de los límites ecológicos del crecimiento económico. En este sentido, la modernización industrial ha impuesto un tipo de racionalidad económica que impulsa el desarrollo tecnológico y se orienta al agotamiento de los recursos naturales y la destrucción del ecosistema. La posible salida a tal dilema se encontraría en la construcción de una narrativa social diferente a la de la modernidad, así como de un nuevo tipo de vinculación social que dejase de estar sustentado en el consumo y la competencia.

Ana de Miguel Álvarez (Capítulo 4) aborda la cuestión de la mercantilización de las mujeres y sus cuerpos, un proceso que tiene profundas raíces históricas pero que la actual fase neoliberal intensifica. De esta forma, la progresiva mercantilización de todas las esferas vitales parece haber llegado hoy a “lo íntimo”, situando la sexualidad en el centro de la sociedad (de mercado). La gestación subrogada, la prostitución o la pornografía sirven de ejemplos para encuadrar un actual debate feminista que se articula en torno a dos posturas enfrentadas. Por un lado, desde lo que la autora denomina “posfeminismos” se defiende que la capitalización del propio cuerpo, en tanto responde a una libre decisión de las mujeres, puede suponer una vía de empoderamiento personal. Esta corriente discursiva, bajo su retórica liberadora e independientemente de sus intenciones políticas, sería sin embargo coherente con una nueva ola reaccionaria. Así, el neomachismo se estaría apoyando no sólo en una arraigada cultura patriarcal, sino también en una ideología neoliberal que bajo el mito de la libre elección invisibiliza las relaciones sociales de dominación a las que específicamente se ven sometidas las mujeres. Frente a ello, se aboga por poner límites morales a la mercantilización, denunciar las lógicas ocultas que explican la subordinación de la mujer y defender una concepción del ser humano como sujeto de derechos y no como mercancía susceptible de ser capitalizada.

Idelfonso Marqués Perales (Capítulo 5) cuestiona la posibilidad de existencia de un tipo de individuo y un tipo de mercado como los que la economía neoclásica trata de representar y prescribir. El *homo economicus* implicaría una visión reduccionista y limitada de la acción social, dado que el tipo de racionalidad que exige no pasa de ser una abstracción. Los individuos se encuentran necesariamente inscritos en grupos de pertenencia y sistemas de interdependencia, por lo que no se rigen en todo momento exclusiva (ni principalmente) por principios de optimización racional, sino más bien por valores, creencias o costumbres que dependen de sus redes de sociabilidad. Así, el mercado se inserta siempre en un contexto social concreto y genera una dimensión simbólica. Todo ello plantea las insuficiencias teóricas de la economía

neoclásica para explicar la realidad social, pero también los límites políticos del proyecto neoliberal, dado que un sujeto y una sociedad reducidos a los principios del mercado nunca podrían materializarse por completo.

Amparo Serrano Pascual (Capítulo 6) analiza las políticas de empleo en tanto políticas culturales, esto es, como un conjunto de programas prácticos que al mismo tiempo que tratan de intervenir sobre el desempleo contribuyen a construir nuevos modos de nombrarlo y problematizarlo. En este sentido, durante las últimas dos décadas se vendría produciendo un desplazamiento discursivo que implica la individualización del problema del desempleo y la consideración del empleo como valor en sí mismo. Desde tal marco interpretativo, se problematiza la dependencia de instituciones protectoras como la familia o el Estado al tiempo que se obvia la dependencia vulnerabilizadora del mercado. La autora centra su atención en las políticas de empleo juvenil desarrolladas a partir de la crisis, las cuales se apoyan en dos representaciones de la juventud estereotipadas y opuestas entre sí, los “ninis” y los jóvenes emprendedores. Partiendo de esta división se desarrolla una doble tendencia en la orientación de las políticas de empleo. Por una parte, los “ninis” representan un sujeto sin atributos que legitima la proliferación de formas “atípicas” de empleo bajo el argumento de facilitar su inserción laboral mediante la motivación/coacción. Por otra, el joven emprendedor representa la nueva categoría de “buen” trabajador, un sujeto depositario de valores heroicos que sustituye al empleado asalariado como referente social. En última instancia, la generalización del paradigma del emprendimiento iría encaminada a justificar la autorresponsabilización y despolitización del empleo, presentadas como mejor y única estrategia posible de salida de la crisis.

Luis Enrique Alonso (Capítulo 7) vincula las transformaciones productivas de las últimas décadas a la emergencia de una nueva “sociedad adquisitiva” en la que el trabajo pierde centralidad como espacio generador de identidad personal en favor del consumo. De este modo, el paso de la producción en masa a la producción flexible en un contexto de globalización económica va a requerir mano de obra más flexible y reforzar la importancia del valor simbólico de los bienes de consumo como elemento de diferenciación. En síntesis, el consumo en el posfordismo deja de ser entendido como fuente de integración social para orientarse a la personalización y segmentación de grupos sociales cuya identidad colectiva se va en buena medida diluyendo, dando paso a una creciente fragmentación e individualización de los estilos de vida. En consecuencia, el bienestar personal sólo podría venir proporcionado por la acumulación de nuevos productos de deseo cuya función simbólica es la construcción de una autoimagen satisfactoria, en un proceso que nunca llega a completarse del todo. Esta permanente búsqueda de singularidad a través del consumo constituiría el nuevo motor de la producción y el consumo de masas, lo cual requiere la transformación del ciudadano en un nuevo “sujeto-producto” que haga del consumo su forma de participación social.

María Luz Morán (Capítulo 8) reclama la necesidad de retomar el debate académico y social en torno a la noción de ciudadanía. La autora muestra cómo el modelo clásico de ciudadanía comienza a cuestionarse en la década de los ochenta, cuando los discursos neoconservadores irán formulando y difundiendo un tipo de ciudadanía neoliberal, hoy hegemónica, que va trasladando a los individuos la responsabilidad de su propio bienestar. A pesar de ello, se trata de un período no carente de críticas y resistencias, en el que la discusión acerca de la ciudadanía se sitúa en primer plano en las ciencias sociales y se elaboran propuestas críticas de modelos de ciudadanía

adaptados al contexto de crisis de la sociedad industrial. Sin embargo, desde comienzo del SXXI estos debates se interrumpen drásticamente y quedan fuera del discurso público, dominado ahora por el pensamiento *securitario* y un retorno de la religión como elemento identitario. En la actualidad se habría terminado por imponer un modelo de “ciudadanía contractual” ampliamente aceptado, motivado por un cambio ideológico que ha ido naturalizando una narrativa economicista en las culturas políticas. Dicha narrativa reduce la relación ciudadano-Estado a la forma de un contrato y establece un marco de discusión limitado a lo económico y lo psicológico. Ante ello, la autora reclama una reincorporación de la sociología al debate público que dote de herramientas teóricas a la movilización social, hasta ahora incapaz de construir una contranarrativa suficiente frente a la hegemonía de la ciudadanía contractual.

Fermín Bouza (Capítulo 9) reivindica el papel de la sociología como disciplina científica capaz de explicar dimensiones de la realidad social inaprehensibles desde un análisis puramente económico. Asumiendo que las causas económicas pueden ser explicativas de otros fenómenos sociales, esta relación nunca es unidireccional, lo que hace imprescindible una perspectiva sociológica en todo análisis de lo social. Con ello se garantizaría, al menos, una matización y enriquecimiento de los hallazgos de la teoría económica hoy dominante (y necesariamente simplificadora). Tal y como afirma el autor, tanto la sociología como la economía comparten objeto de estudio y son, en esencia, complementarias, en tanto que la realidad social es en sí misma compleja e irreductible a una u otra ciencia (delimitadas “artificialmente” con fines de eficiencia). Por consiguiente se apela a una suerte de reunificación científica, comenzando por establecer algunos acuerdos mínimos que permitan tender puentes entre el conocimiento económico y el sociológico, con el objetivo de avanzar en la construcción de una mirada más amplia y compleja de nuestras sociedades.

Eduardo Romanos e Igor Sádaba (Capítulo 10) centran su análisis en el ciclo de movilizaciones sociales iniciado con el 15M, cuyo núcleo reivindicativo es la demanda de una mayor calidad del sistema democrático y su autonomía respecto al poder económico. Un rasgo común de estos movimientos sociales es la utilización de Internet y las redes sociales como herramienta fundamental de organización y movilización, hasta el punto de que ha surgido el término de “acción conectiva” (en contraposición al de “acción colectiva”) para definir su lógica participativa. Las nuevas tecnologías permitirían la movilización ciudadana disminuyendo los costes, en términos de esfuerzo y compromiso, que implica la acción colectiva. Sin embargo, esos canales comunicativos son propiedad de grandes grupos oligopólicos. Así, se da la paradoja de que movimientos sociales que defienden reivindicaciones muy centradas en la desmercantilización, lo hacen a través de herramientas profundamente mercantilizadas. Se trata de una contradicción hasta cierto punto clásica de los movimientos sociales que ha generado diferentes tipos de respuesta. Por un lado, es posible el rechazo a la utilización de estas tecnologías, una postura hoy minoritaria y más teórica que práctica. En un terreno intermedio, la mayoría de colectivos sociales han optado por aprovechar las ventajas que proporcionan estas tecnologías al tiempo que obvian, o al menos asumen, sus inconvenientes. Por último, los autores centran su atención en una postura alternativa: la de movimientos que buscan la desmercantilización total o parcial las nuevas herramientas digitales. Con ello buscarían tanto superar los dilemas éticos que plantean su uso como evitar construir sus redes organizativas sobre vínculos “débiles” que dificultan la cohesión grupal, otra de las consecuencias problemáticas de la nueva acción conectiva.

Enrique Gil Calvo (Capítulo 11) concluye esta obra con un breve recorrido histórico por la evolución de la democracia representativa, atendiendo a una progresiva mercantilización de la política electoral paralela a la irrupción y desarrollo del marketing político. Si bien hasta mitad del siglo XX el voto estaba altamente determinado por la posición social del elector y constituía más bien un gesto de compromiso o autoafirmación de la identidad, a partir de entonces su significación va a cambiar radicalmente, entendiéndose como una elección libre y autónoma de cada ciudadano. El resultado es el paso de una lucha electoral de clases a la aparición de partidos políticos “atrápalo-todo”, que van a presentarse ante la ciudadanía como defensores del dudoso concepto de interés general. De este modo, se configura un mercado de votos interclasista que convierte a la competición electoral en un mercado, en el cual los partidos ofrecen unos programas de gobierno en función de las demandas del elector soberano. Posteriormente, el avance de este proceso mercantilizador va a provocar una mutación hacia un nuevo modelo de partido político, el “partido-cártel”. Estos ya no competirían entre sí por ofrecer un programa electoral “atractivo” al votante, o lo harían sólo en apariencia, defendiendo en esencia unas mismas medidas estructurales en las que comparten un alto grado de acuerdo. La crisis de representatividad política, que en buena medida habría provocado esta “cartelización” de los partidos, va a propiciar que en la actualidad asistamos al surgimiento de “partidos low cost”: partidos políticos liderados por “emprendedores políticos” capaces de desarrollar una organización sin apenas estructura previa y competir con los partidos tradicionales. El autor engloba bajo este fenómeno una amplia gama de los así llamados “populismos” de diferente tendencia ideológica. Todos ellos compartirían una estructura y también una estrategia comunicativa novedosas que los asemejan a una “start up política” y que explicarían tanto su potencialidad como sus límites.

El valor de la presente obra reside en su capacidad para clarificar y delimitar el fenómeno a la vez difuso y omnipresente de la mercantilización. Los autores someten a una reinterpretación sociológica distintos aspectos de la globalización neoliberal, en disputa con los enfoques economicistas hoy hegemónicos, aportando una comprensión más profunda de sus causas y consecuencias. Su alcance no se limita al análisis descriptivo, sino que representa además un llamamiento a relanzar a la sociología (en compañía de otras ciencias) al centro de la discusión social, proporcionando herramientas y argumentos teóricos para una ciudadanía más crítica y cohesionada. Ello se revela especialmente urgente en un momento de crisis (económica, pero no sólo) que exige repensar el orden social y proponer modelos alternativos. En este sentido, no se esquiva la toma de posición respecto a cuestiones políticas y sociales de actualidad, esbozándose algunas propuestas de acción que contribuyen al necesario debate al que deben enfrentarse hoy nuestras sociedades. Con ello se pretende no tanto proporcionar conclusiones definitivas sobre lo social, como amplificar el campo de lo discutible a nuevas y más complejas hipótesis.

Efrén Borges Gómez
Universidad Complutense de Madrid
eborges@ucm.es